

Manuel Acuña

## Hojas Secas

### Poema original:

I

Mañana que ya no puedan  
encontrarse nuestros ojos,  
y que vivamos ausentes,  
muy lejos uno del otro,  
que te hable de mí este libro  
como de ti me habla todo.

II

Cada hoja es un recuerdo  
tan triste como tierno  
de que hubo sobre ese árbol  
un cielo y un amor;  
reunidas forman todas  
el canto del invierno,  
la estrofa de las nieves  
y el himno del dolor.

III

Mañana a la misma hora  
en que el sol te besó por vez primera,  
sobre tu frente pura y hechicera  
caerá otra vez el beso de la aurora;  
pero ese beso que en aquel oriente  
cayó sobre tu frente solo y frío,  
mañana bajará dulce y ardiente,  
porque el beso del sol sobre tu frente  
bajará acompañado con el mío.

IV

En Dios le exiges a mi fe que crea,  
y que le alce un altar dentro de mí.  
¡Ah! ¡Si basta no más con que te vea  
para que yo ame a Dios, creyendo en ti!

V

Si hay algún césped blando  
cubierto de rocío  
en donde siempre se alce  
dormida alguna flor,  
y en donde siempre puedas  
hallar, dulce bien mío,  
violetas y jazmines  
muriéndose de amor;

yo quiero ser el césped  
florido y matizado  
donde se asienten, niña,  
las huellas de tus pies;  
yo quiero ser la brisa  
tranquila de ese prado  
para besar tus labios  
y agonizar después.

Si hay algún pecho amante  
que de ternura lleno  
se agite y se estremezca  
no más para el amor,  
yo quiero ser, mi vida,  
yo quiero ser el seno  
donde tu frente inclines  
para dormir mejor.

Yo quiero oír latiendo  
tu pecho junto al mío,  
yo quiero oír qué dicen  
los dos en su latir,  
y luego darte un beso  
de ardiente desvarío,  
y luego... arrodillarme  
mirándote dormir.

VI

Las doce... ¡adiós...! Es fuerza que me vaya  
y que te diga adiós...

Tu lámpara está ya por extinguirse,  
y es necesario.

—Aún no—.

Las sombras son traidoras, y no quiero  
que al asomar el sol,  
se detengan sus rayos a la entrada  
de nuestro corazón. . .

—Y, ¿qué importan las sombras cuando entre ellas  
queda velando Dios?

—¿Dios? ¿Y qué puede Dios entre las sombras  
al lado del amor?

—Cuando te duermas ¿me enviarás un beso?

—¡Y mi alma!

—¡Adiós...!

—¡Adiós...!

## VII

Lo que siente el árbol seco  
por el pájaro que cruza  
cuando plegando las alas  
baja hasta sus ramas mustias,  
y con sus cantos alegre  
las horas de su amargura;  
lo que siente pro el día  
la desolación nocturna  
que en medio de sus angustias,  
ve asomar con la mañana  
de sus esperanzas una;  
lo que sienten los sepulcros  
por la mano buena y pura  
que solamente obligada  
por la piedad que la impulsa,  
riega de flores y de hojas  
la blanca lápida muda,  
eso es al amarte mi alma  
lo que siente por la tuya,  
que has bajado hasta mi invierno,  
que has surgido entre mi angustia  
y que has regado de flores  
la soledad de mi tumba.

Mi hojarasca son mis creencias,

mis tinieblas son la duda,  
mi esperanza es el cadáver,  
y el mundo mi sepultura...  
Y como de entre esas hojas  
jamás retoña ninguna;  
como la duda es el cielo  
de una noche siempre oscura,  
y como la fe es un muerto  
que no resucita nunca,  
yo no puedo darte un nido  
donde recojas tus plumas,  
ni puedo darte un espacio  
donde enciendas tu luz pura,  
ni hacer que mi alma de muerto  
palpite unida a la tuya;  
pero si gozar contigo  
no ha de ser posible nunca,  
cuando estés triste, y en el alma  
sientas alguna amargura,  
yo te ayudaré a que llores,  
yo te ayudaré a que sufras,  
y te prestaré mis lágrimas  
cuando se acaben las tuyas.

VIII

1

Aún más que con los labios  
hablamos con los ojos;  
con los labios hablamos de la tierra,  
con los ojos del cielo y de nosotros.

2

Cuando volví a mi casa  
de tanta dicha loco,  
fue cuando comprendí muy lejos de ella  
que no hay cosa más triste que estar solo.

3

Radiante de ventura,

frenético de gozo,  
cogí una pluma, le escribí a mi madre,  
y al escribirle se lo dije todo.

4

Después, a la fatiga  
cediendo poco a poco,  
me dormí y al dormirme sentí en sueños  
que ella me daba un beso y mi madre otro.

5

¡Oh sueño, el de mi vida  
más santo y más hermoso!  
¡Qué dulce has de haber sido cuando aun muerto  
gozo con tu recuerdo de este modo!

IX

Cuando yo comprendí que te quería  
con toda la lealtad de mi corazón,  
fue aquella noche en que al abrirme tu alma  
miré hasta su interior.  
Rotas estaban tus virgíneas alas  
que ocultaba en sus pliegues un crespón  
y un ángel enlutado cerca de ellas  
lloraba como yo.  
Otro tal vez, te hubiera aborrecido  
delante de aquel cuadro aterrador;  
pero yo no miré en aquel instante  
más que mi corazón;  
y te quise tal vez por tus tinieblas,  
y te adoré, tal vez, por tu dolor,  
¡que es muy bello poder decir que el alma  
ha servido de sol...!

X

Las lágrimas del niño  
la madre enjuga,  
las lágrimas del hombre

las seca la mujer...  
¡Qué tristes las que brotan  
y bajan por la arruga,  
del hombre que está solo,  
del hijo que está ausente,  
del ser abandonado  
que llora y que no siente  
ni el beso de la cuna,  
ni el beso del placer!

XI

¡Cómo quieres que tan pronto  
olvide el mal que me has hecho,  
si cuando me toco el pecho  
la herida me duele más!  
Entre el perdón y el olvido  
hay una distancia inmensa;  
yo perdonaré la ofensa;  
pero olvidarla... ¡jamás!

XII

¡Ah, gloria! ¡De qué me sirve  
tu laurel mágico y santo,  
cuando ella no enjuga el llanto  
que estoy vertiendo sobre él!  
¡De qué me sirve el reflejo  
de tu soñada corona!  
¡cuando ella no me perdona  
ni en nombre de ese laurel!

XIII

La que a la luz de sus ojos  
despertó mi pensamiento,  
la que al amor de su acento  
encendió en mí la pasión;  
muerta para el mundo entero  
y aun para ella misma muerta,  
solamente está despierta  
dentro de mi corazón.

## XIV

El cielo muy negro, y como un velo  
lo envuelve en su crespón la oscuridad;  
con una sombra más sobre ese cielo  
el rayo puede desatar su vuelo  
y la nube cambiarse en tempestad.

## XV

Oye, ven a ver las naves,  
están vestidas de luto,  
y en vez de las golondrinas  
están graznando los búhos. . .  
El órgano está callado,  
el templo solo y oscuro,  
sobre el altar... ¿y la virgen  
por qué tiene el rostro oculto?  
¿Ves?... en aquellas paredes  
están cavando un sepulcro,  
y parece como que alguien  
solloza allí, junto al muro.  
¿Por qué me miras y tiembles?  
¿Por qué tienes tanto susto?  
¿Tú sabes quién es el muerto?  
¿Tú sabes quién fue el verdugo?